

había más criados que el portero, cocinera, costurera y una joven pobre, de familia decente y religiosa, con muy buenas costumbres, que ayudaba á Pudenciana en el cuidado y educación de los niños.

En estas circunstancias se anunció en la *Gaceta* el remate de una casa en la calle del Relox, y por consejo de mi tutor, que manifestó á sus hijos (como llamaba á ambos), las ventajas de tener uno su casa sin esperar al casero todos los meses y con la libertad de ponerla según que les conviniera ó fuera de su gusto, don Modesto se determinó de hacerle postura; pero con la condición que él y Pudenciana exigieron de sus padres de que se irían á vivir con ellos, á lo que condescendieron en fuerza de instancias y ruegos, y también porque no podían sufrir sus corazones el separarse algo de tan buenos hijos.

Llegó el día del remate, al que se presentó don Modesto con papel de abono del conde de Ágreda, y rivalizando en moderación con otros dos postores, fincó en él el remate de la casa, en cantidad de treinta y dos mil pesos, dando al contado diez y ocho y reconociendo catorce de unas capellanías que reportaba la finca, con libertad de redimir cada año el capital que le fuera conveniente.

Tan luego como recibieron la casa, le hicieron las composturas necesarias y se mudaron padres, hijos y nietos, que desde entonces formaron una familia la más

armoniosa y llena de placer, pues que á todo cooperaba la dulzura de aquellos genios y su muy buena educación, añadiéndose á esta felicidad la de que el coronel, para tener una ocupación útil á la familia, se encargó de la educación de sus nietos varones, que lo amaban tiernamente y observaban como inviolables preceptos los consejos que les daba.

Un día que don Rodrigo habló de lo inquieto que estaba por no acabar de asegurar los bienes de Pomposita, á causa de las entretengas de ella y de la madre, se promovió conversación entre todos sobre la suerte de aquellas señoras y del modo cómo podría evitarse el mal que por sí debían hacerse. Cada uno propuso lo que creyó conveniente, y don Modesto expuso que creía útil que Pomposita casara con un hombre de juicio y madurez que supiera sujetarla, pues que ya en ese estado, la madre, que casi nada tenía por sí, se vería estrechada á estar quieta.

Oído esto, mi tutor tomó la palabra y dijo:

— La cosa, señores, era muy buena; pero es menester no pensar en lo que no ha de poder verificarse. Esas señoras no se comunican con personas entre quienes puedan proporcionarse un hombre de los tamaños y cualidades que necesitan para hacerlas entrar al orden, ni son ellas las que han de presentar una transformación milagrosa, porque ya están mal habituadas á causa de

don Dionisio, que en paz descansa, que no supo arreglar su casa, ni mi padre político, que de Dios goce, había dado á sus hijas más educación que tenerlas absolutamente encerradas, rezando, sin tratar con nadie ni salir más que á misa, á confesarse y á comulgar y sin proporcionarles conocimientos para saberse conducir en el mundo, y con estos principios y el otro extremo en que cayó la casa de don Dionisio, es imposible esperar ya nada bueno. Todo extremo es vicioso, y mucho más en la educación, que debe darse con mucha discreción para que no tenga con el tiempo funestos resultados. Algo viene al caso una historia que sé de personas conocidas y que me parece útil contar, por si mi Matilde ó mi Pudenciana enviudaren, que por mí no es muy difícil, porque ya estoy muy cerca del sepulcro.

No pudo proseguir, porque todos nos enterneamos, y doña Matilde y Pudenciana, bañadas en lágrimas, corrieron á abrazarlo, sin quererlo dejar, hasta que él las persuadió, las halagó y se las sentó una á cada lado, diciéndoles:

—Hijas mías, la muerte debe ser esperada con tranquilidad. Obremos como verdaderos cristianos, y no la temamos, que acaso Dios la manda para dar descanso al hombre y premiarle las pocas buenas obras que haya hecho; pero dejemos eso por ahora y vamos á mi historia.

En una ciudad no muy distante de esta capital, hubo un padre de familia, que le habría estado mejor ser donado demandadero de algun convento, pues que no supo educar á los hijos que tenía, y crió siempre en un *santo encierro* y una *virtuosísima* ignorancia, de que resultó que á la muerte de aquel necio ninguno de su familia supiera manejar lo que dejó, y que, al mismo tiempo que no se ocupaban más que de rezar, se acabara el capital.

Dejemos la suerte de los otros hijos, y hablemos sólo de la que hace el papel principal de la historia que he anunciado. Esta infeliz joven, después de algunas escaseces que padeció al lado de su madre, tuvo la chiripa de casar con un hombre de bien muy trabajador, pero de edad ya algo avanzada y de ideas rancias é imprudentes; de manera que continuó nuestra joven la misma vida que cuando existía su padre. Así vivieron cosa de seis años, á cuyo tiempo murió el marido, y quedó nuestra viuda con cuatro hijos; pero en la edad de veintidós años, con no malos bigotes y con cosa de sesenta mil pesos. En estas circunstancias se le presenta un militar del alma más negra que se puede imaginar y de una verbosidad muy propia para enredar á aquella honradísima bestia; le hace setenta mil ofrecimientos, le promete una protección decidida, y por último, se encarga de todos los negocios de la casa, ocultando mali-

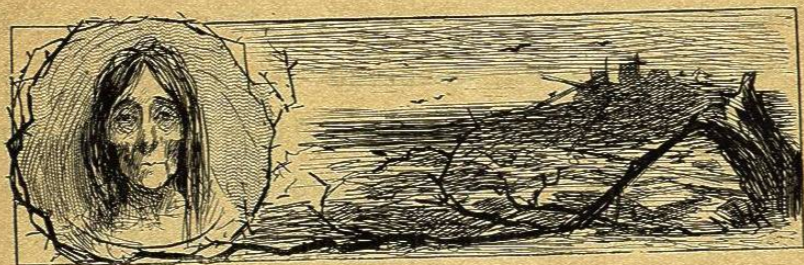
ciosamente que era casado. Se hizo extender un poder amplísimo, que nuestra viuda firmó como quien firma en barbecho, y ya desde entonces quedó constituida una pupila de aquel malvado, que poco á poco fué ganando el corazón de aquella miserable, y en breve lo hizo dueño de su honor y de cuanto poseía. Ese perverso, para cubrir las exterioridades, hizo se formalizase la testamentaría, y quiso que no quiso, como el curador de los menores no era como él, aseguraron las legítimas de esos pupilos, y nuestro militar fué tomando en pesos fuertes y floridos el haber de la viuda, con los que satisfacía sus vicios, y muy particularmente el del juego, que es capaz de acabar con el caudal de Terreros y mil Bordas, y marchaba tan de prisa en su dilapidación y de un modo tan público, que no faltó quién por caridad hablase á la viuda para que se resolviera á arrojar de sí y de su casa á aquel lagarto.

La viuda, que á pesar de su tontera no dejaba de conocer lo mal que sus cosas caminaban, que se veía con más hijos, que ya estaba desengañada de que aquel pérfido era casado y que ya le hostigaba el trato altanero, grosero y cruel que le daba, se resolvió á librarse de él, le intimó la separación de su casa, y se encuentra con que aquel malvado á pocos días le presenta una cuenta en que hace parecer le debe cantidad considerable, demandándola ejecutivamente y jurándole había de

procurar su ruina por cuantos medios alcanzara. Así fué, que sucesivamente se le fueron presentando á la viuda varios acreedores con documentos otorgados por el tal militar, con el carácter de su apoderado y obligando sus bienes. La viuda en tal congoja escoge, por dirección de la persona que la había despertado, un abogado hombre de bien, y se entablan los pleitos con todos aquellos supuestos acreedores, que eran otros tantos zánganos coludidos con el zángano principal para sacar aquel dinero á la viuda y arruinarla. Los pleitos siguieron con orden, y aunque los ganó la viuda hasta con costas, como los que figuraban de acreedores eran unos tahures desnudos de bienes, ella lo perdió todo, y como lo poco que le quedó no lo supo manejar por su suma tontera é ignorancia, á poco tiempo se vió reducida para todos sus gastos á sólo los réditos de los capitales de sus hijos, quienes ya crecidos, por el ejemplo pésimo que habían mamado, se prostituyeron, trataron á la madre con desprecio y tan mal, que se separó con sus desgraciados segundos hijos, se redujo al extremo de mendigar con éstos el pan por las calles y acabó su vida en la más espantosa miseria.

He contado la historia de la viuda; y como de estas escenas que el mundo nos presenta á cada paso debemos sacar fruto, te encargo, Pudenciana, que no olvidando á la viuda y huyendo de su suerte, aproveches esa

prudente franqueza de mi hijo Modesto, que quiere siempre estés impuesta de todos los negocios de tu casa, para que si le sobrevives no tengas la infeliz necesidad de ponerte en manos de un perverso que te arruine, sino que puedas manejarte sola y hacer la felicidad de tus hijos.



### CAPÍTULO XXXVIII

Violento y desastrado casamiento de Pomposa; ruina de su casa; prisión de su marido; desengaño de quién era éste, y prostitución de madre é hija. Muerte del coronel.

Como don Rodrigo instaba con urgencia á Eufrosina y Pomposita para que dieran su opinión sobre el

LA QUIJOTITA. — 195.